DUELO Y SUBLIMACIÓN EN TIEMPOS DE PANDEMIA

La Pandemia constituye un quiebre en toda la humanidad, debido a que denuncia la fragilidad del mundo en el que vivimos. El psicoanálisis nos ha enseñado a leer la experiencia humana desde sus efectos, es decir, *apres coup*. Los hechos tienen un encadenamiento significativo que los hace posibles. Hace tiempo que hay advertencias desde diferentes grupos y organizaciones científicas sobre el cambio climático y sus consecuencias si no se toman medidas.

Entonces, en estos momentos me pregunto de qué desastre se trata esta Pandemia. En Italia, unos de los primeros países afectados, se visualizó la precaria estructura del sistema de salud, además de no querer cerrar ningún comercio, para no desestabilizar al sistema económico, mientras los muertos se contaban en las calles.

Freud escribe *El malestar en la cultura* en 1930, un texto escrito “entre” guerras. En Wikipedia dice: “*El malestar en la cultura* hizo explícita su concepción del mundo, subrayando el sometimiento de la civilización a las necesidades económicas.”

Es decir, quedó claro que la muerte no vino sólo de la mano del virus. No hubo sistema de salud que diera a vasto, ni con camas, ni con respiradores.

Frente a semejante contaminación, quédate en casa, fue el lema.

Los espacios de la intimidad y privacidad, de pronto se redujeron. Niños y adolescentes se quedaron en sus casas. El encierro agudizó sufrimientos ligados a la proximidad incestuosa, tanto para padres como para hijos.

Desde los medios de comunicación no dejaban de contabilizar contagios y muertes, todos los días. Se solicitó la ayuda de un equipo de salud mental para asesorar al gobierno sobre el modo de transmitir, ya que, a veces el remedio es peor que la enfermedad. Cuidar las palabras.

Sabemos que pueden funcionar como otro virus.

Cada uno, desde su lugar necesito tiempo para pensar cómo seguir en la escena del mundo que se había caído. Uno de los modos que permitió rescatarnos fue la tecnología. Para muchos, una ventana hacia algún afuera que lograba conectarlo con el trabajo, con alguna tarea o con algún amigo. Otros rechazaban esa ventana que les significaba una intimidad sin velo.

Estamos cansados, no sustituye al encuentro cuerpo a cuerpo, es muy trabajoso y ese trabajo implica entre todos elaborar lo que se pierde.

Una de las preguntas que nos hicimos, en referencia a lo dicho anteriormente, fue: ¿es lo mismo estar sano que estar vivo?

Winnicott en realidad y juego dice: ¿Se puede curar a alguien si no sabemos que es lo que lo hace seguir viviendo?

Los orientales proponen pensar las crisis como momentos de oportunidades. Tal vez la muerte nos lleve a reflexionar sobre la manera que tenemos de llevar nuestra vida. Que la vida se nos conmueva, nos hace volver una y otra vez a la dimensión deseante. Ese hueco, esa hendidura por donde asoma el sujeto.

Nuestra política, como analistas, apunta a ese sujeto. Pensamos que la operación sublimatoria es parte de esa política, no como mandato, ni como ideal, si, como apuesta, en el sentido del acompañamiento y la búsqueda de algún espacio éxtimo.

En el seminario VII Lacan corre a la sublimación de cierta valoración imaginaria que le da la sociedad a las producciones artísticas y reubica el tema en nuestra práctica psicoanalítica. Dice: debe buscarse en “la simbolización del fantasma, que es donde se apoya el deseo”

Como analistas rearmamos la escena a través de cables y pantallas, escuchando diferentes modos del dolor psíquico. Nos preguntamos si es posible sublimar el dolor.

Me pregunto sobre la relación ente duelo y sublimación. Ambas operaciones conllevan un trabajo y ese trabajo requiere tiempo.

El duelo requiere un trabajo simbólico frente a una pérdida real, el dolor en el duelo radica en el trabajo de desinvestidura, desligar lo que está ligado. Se perdieron vidas, seres queridos, proyectos, trabajos, lazos. El atravesamiento de tales duelos en cada caso estará en relación a la castración, y desde allí será o no posible perder lo perdido. Cuando lo que tenemos es la desintrincación pulsional, estos procesos se dificultan, resistiendo la pérdida. La pulsión de muerte se desata y hace estragos. Y nos encontramos con el odio más feroz y la melancolía. Así las cosas, no es posible sublimar.

La sublimación no es sin el lazo, y en nuestra práctica a ese lazo lo llamamos transferencia. Un amigo me dijo: El éxito del capitalismo es el fracaso de la sublimación y me quedé pensando que trabajamos con ese fracaso y a pesar de él.

Nosotros al fracaso lo llamamos repetición, y nos resulta interesante escuchar o leer lo que dicen los artistas de sus procesos. Cito algo de lo que dice Leonardo Gauna en el prólogo a su libro “Y qué importante

es insistir, qué energía irracional e increíble que posee, que belleza hay en intentar, en sumarse al juego, en lanzarse al mar. En prestarse a comprender a alguien, en buscar una superación por fuera del resultado. Porque habiendo fallado o no al probar nuevamente, es un regalo para pocos. Dibujar para mí es eso, no es un dibujo que aparecerá un día para que nos recuerden en algún museo. Es el acto de hacerlo, y de volver a hacerlo, sobre todo. Algo así como dar amor luego de haber fracasado.”

Entonces podemos afirmar que la operación sublimatoria al repetir el vaciamiento en su circuito pulsional, y obtener satisfacción, por añadidura se produce una sustracción de goce que alivia el dolor del trabajo de duelo.

Laura Lerer

Agosto 2021

Jornadas de Carteles y Grupos de investigación de la EFBA.